

Miren Itxaso Arias Arana, *EGTK: Las armas del comunitarismo*. Trama, Madrid, España. 3 vols., 2022, 1.194pp.



Se ha publicado en España, por parte de la editorial Trama, y en un grueso de tres volúmenes que abarcan más de 1.000 páginas, la obra de Miren Itxaso Arias: *EGTK: Las armas del comunitarismo*. Un trabajo que, de largo, se trata de la aportación más completa existente sobre la guerrilla boliviana del Ejército Guerrillero Túpac Katari (EGTK). Una organización que, a través de su significado, historia y evolución, permite entender muchos de los profundos cambios experimentados en Bolivia en este primer cuarto de siglo XXI. Se encuentra, además, prologada por la profesora María Lois, académica de referencia en España sobre los estudios de Bolivia y profundamente comprometida con la estrategia de transformación que vertebró la noción misma del Estado Plurinacional, una vez que el Movimiento al Socialismo y Evo Morales llegan al poder, en enero de 2006.

El EGTK debe entenderse como una estructura política más que militar cuya principal aportación y significado reposa, fundamentalmente, en el plano simbólico-ideológico. Lo anterior, por ser un punto de eclosión de trayectorias, identidades y reclamos que se van acumulando y modulando desde los años setenta sobre la base de dos dimensiones: la política y la cultural. En otras palabras, lo más importante del EGTK es su significado político y su carácter articulador con movimientos

mineros, campesinos y sindicales, desde dos elementos particulares. Uno, la transversalidad y el pragmatismo, que, sin embargo, como se apuntará después, no debe entenderse como la tradicional máxima tupamara de “las palabras nos dividen, los hechos nos unen”. Dos, la renuencia al sentido puramente vanguardista que, por mucho tiempo, predominó en las guerrillas del continente. Todo lo contrario, el EGTK es un actor coadyuvante, surge y se inscribe en el mismo sentido comunitario, coadyuvando procesos de problematización, visibilidad y politización de causas y demandas que justifican la revolución, pero siendo la comunidad, especialmente, del altiplano paceño, del norte de Potosí y las zonas campesinas de Sucre, la llamada a propiciar un movimiento de ruptura en anhelo al sueño de la revolución social (e indígena).

En sentido estricto, el EGTK nunca abandonó la estrategia de propaganda armada. Es decir, el grueso de sus escasas acciones armadas fue dirigida hacia lo que toda guerrilla necesita de partida: recursos económicos y, de paso, cierto halo de visibilidad. Solo con estos es como se satisface el primer grueso de necesidades logísticas de alojamiento, funcionamiento y operación que se suelen demandar en las fases iniciales de cualquier proyecto revolucionario. Así, entre 1989 y 1991 es que se sucedieron los robos más destacados, como el caso de las empresas de remesas Caracoles (febrero de 1989) o COBEE (febrero de 1990), o el asalto a la casa de Walter Gumucio (noviembre de 1989). Estos tres actos, en suma, dejaron en las arcas del incipiente EGTK más de 150.000 dólares, a los que se sumarían los 60.000 dólares del robo a Zenón Daza, en Cochabamba, en abril de 1991, y los 622.000 provenientes de las remesas de la Universidad Mayor de San Simón, sustraídos en octubre de 1991.

La traducción en acciones armadas, apenas simbólicas, recuerdan a los primeros tupamaros, de la etapa del Coordinador y, en cualquier caso, hasta antes de 1968. Esto es,

originalidad e inventiva, sumados a actos de visibilidad con contención de daños, pero siempre evitando cualquier atisbo de violencia física, y tratando de conectar simbólicamente la acción con la motivación. Toda vez que los primeros años previos a la conformación del MLN-T apenas hablamos de una docena de integrantes de diferentes trayectorias y militancias, en el caso del EGTK sucede algo bien parecido. Un aspecto singular que explica cómo, en el momento en el que el Estado “sofística” mínimamente su respuesta antiguerrillera, la desarticulación del grupo se torna inminente.

Lo cierto es que cualquier aproximación al estudio de las guerrillas en Bolivia, indefectiblemente, obliga a la centralidad analítica de la experiencia, tan breve como difícil, que experimentó la guerrilla del Che Guevara en Nancahuazú. Un acontecimiento que, igualmente, conectaría con otro fallido, como fue el foco de Teoponte. Éste, dirigido por Osvaldo Peredo, tras poco más de tres meses quedó igualmente superado por la incólume respuesta estatal. Una tercera situación insurreccional destacable, pero para la cual hay que esperar a finales de los ochenta, sería la dirigida por las Fuerzas Armadas de Liberación Zárate Willka (FAL-ZW). Una pequeña estructura, apenas vigente durante cinco años, cuya única acción violenta más conocida fue el asesinato violento de dos mormones, en 1989, a lo que se sumaron diferentes actos de terrorismo como los dirigidos contra el secretario de Estado norteamericano, George Schultz, en agosto de 1988; contra el parlamento boliviano, cuatro meses después; o acciones ante la embajada de Estados Unidos o el Ministerio de Economía, en diciembre de 1989 y enero de 1990, respectivamente.

Aunque el marxismo, el indigenismo, el antiimperialismo o el katarismo se encuentran en todo este acervo revolucionario, es innegable que la importancia del EGTK como proyecto político comunitarista, trasciende, imbrica y dota de una significación política propia y excepcional

a muchos de estos planteamientos teóricos están presentes en algunas iniciativas previas. Tal es el caso de las Células Mineras de 1984, la Ofensiva Roja de 1985 o, finalmente, la estructuración de los Ayllus Rojos y la Ofensiva Roja de Ayllus Tupakataristas de 1986. Todas ellas rompen con el pesado bagaje guevarista, inspirado del foco revolucionario, toda vez que adaptan el marxismo-leninismo a la cuestión indígena. De la misma manera, el katarismo asume una posición de centralidad en donde otros elementos otrora básicos de la concepción revolucionaria, como la misma vanguardia, terminan siendo desechados. Finalmente, y como señala María Lois en el prólogo (2023: X), una de las grandes aportaciones que realiza el EGTK pasa, precisamente, por “cimentar la alianza obrero-campesina como eje de politización y acción”. Un aspecto nada baladí y que influye directamente en organizaciones como las FAL-ZW.

Tal y como se puede desprender de lo señalado hasta el momento, lo verdaderamente interesante, novedoso e influyente del EGTK no es, por ende, su proyección armada. Todo lo contrario, la principal aportación distintiva reposa en sus acciones y repertorios de identidad, movilización y acción colectiva. Un aspecto que perfectamente se comprende si se observan algunas de sus militantes más destacados, tal y como es el caso de Felipe Quispe, referencia en las estrategias de movilización y contestación de los indígenas o de la guerra del Gas al comienzo de la nueva centuria. Igual sucede con Álvaro García Linera, vicepresidente del Estado Plurinacional durante los catorce años de presidencia de Evo Morales.

En definitiva, lo importante del EGTK no fue ni su disposición armada, ni su dificultad para propiciar espacios amplios de contestación de parte de la ciudadanía contra un Estado mono-lengua, mono-cultura, mono-religión y profundamente neoliberal, ajeno a la realidad de su compleja heterogeneidad social. Lo verdaderamente reseñable, y que termina por proyectarse en el futuro es su contribución para

imaginar una política cuyo resultado es la concepción del indio como sujeto revolucionario, a partir de una particular y moldeada adaptación del marxismo-leninismo, unida a un indianismo-katarismo y un antiimperialismo que obliga a una mirada emancipatoria de la historia colonial del país. Aspectos que, de un modo u otro, obligan a buscar vínculos teóricos con la condición semi-feudal y semicolonial propuesta por José Carlos Mariátegui en Perú, y que se suma a la definida por Portocarrero y Oliart (1989) como la “idea trágica del Perú”. Ese Perú cuya historia del país es paralela al despojo del atributo indígena y la noción de colonialidad. Esto, desde la derrota del imperio Inca y la muerte de Túpac Amaru, hasta el cambio de manos que supone la ruptura colonial en manos criollas, o las consecuencias mismas de la Guerra del Pacífico.

Sea como fuere, y como deja patente la autora del libro, es necesario circunscribir la comprensión del EGTK a su concepción comunitarista de la democracia -frente a la visión impositiva hegemónica-, a un sentido colectivo y compartido de transformación social, y a una asunción de alteridad que escapa de simples identificaciones culturales con el otro, para reclamar el respeto de la diferencia. Un planteamiento indisociable a la irrupción transcultural que posteriormente caracterizará a la norma constitucional boliviana, promulgada en febrero de 2009.

En conclusión, el trabajo que propone Miren Itxaso Arias representa un notable ejercicio analítico e interpretativo del EGTK, en el que la concepción del relato histórico -entendido como un proceso evolutivo en el que se imbrican evidencia, conciencia y pensamiento- asume una posición central en torno a la que gravita un valioso contenido en forma de discurso, creencia, práctica y lenguaje del EGTK. Por supuesto, el valor agregado de historias de vida de sus protagonistas, la interpretación de su producción teórica más importante y la presentación de documentos políticos y militares más destacados no hacen

más que hacer altamente recomendable ésta obligada referencia para el estudio de la guerrilla boliviana, pero también para la comprensión del profundo proceso de cambio experimentado por Bolivia en las últimas dos décadas.

Jerónimo Ríos. Doctor en Ciencias Políticas y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid
jeronimo.rios@uclm.es